

## Alicante

Ketty Ferrer García-Serrano, 68 años

Elisa Martínez García

### EL SABOR DEL CAFÉ HELADO

*Toco al timbre y me abre la puerta una mujer de 68 años, o al menos eso ponía en el e-mail. No soy buena adivinando edades, pero la verdad no los aparenta. Envuelta en atenciones y cariñosos saludos me conduce al salón de la casa, y de repente, sin apenas darme cuenta, me veo sumergida en los recuerdos de la vida de una mujer que hasta diez minutos antes era totalmente desconocida para mí.*

Sus palabras, entonces, nos trasladan al paseo de la Explanada, en el Alicante de los años 40. Sobre las olas dibujadas con adoquines corre divertida una niña perseguida por su abuelo, que la llama: “¡Enriqueta, Enquetita!”. Su abuelo, militar de profesión y vocación, había salvado la vida durante la guerra gracias a que un compañero de izquierdas le avisó de que venían a por él. Años después tendría la ocasión de devolverle el favor; como juez del tribunal militar que decidía sobre su condena a muerte, firmó el indulto.

Detrás caminan su madre y su abuela charlando distendidamente. La abuela consigue que la niña coma tocando el piano mientras su tía, envuelta en un mantón de Manila, le canta un chotis. En agradecimiento a toda la música que surgió de sus manos y a todo el amor que le dio, Ketty, para los amigos, le escribiría, mucho tiempo después, La pianista del cielo. Su madre se convertiría en su gran confidente y amiga, acompañándola incluso a Salamanca en busca de un antiguo novio cuando Ketty contaba con apenas 17 años. Nunca encontraron al chico, pero fueron tres meses de intensas aventuras, con debut como cantante en un café, con hombres caballerosos y con castillos de El Buen Amor. Pero ésa, ésa es otra historia.

A principios de los años 60, Ketty trabaja como secretaria en el Colegio de Farmacéuticos, cerca del ayuntamiento, en la calle de Jorge Juan. Sentada delante de una maquina de escribir, sus dedos vuelan tecleando con ritmo acelerado y preciso. Hay muchísimo trabajo en la oficina y apenas parece percatarse de que José Luis, su jefe, pasa distraído por detrás de ella. Sin embargo, el vello del antebrazo de Ketty se eriza imperceptiblemente. Recuerda la tarde del día anterior cuando los dos estuvieron paseando por Valencia, lejos de miradas inquisitivas. Hace un tiempo que mantienen una relación secreta, prohibida, pero llena de amor. La diferencia de edad y el matrimonio de José Luis es un lastre del que no se podrán desprender nunca. La familia de Ketty no sabe toda la verdad, en pleno franquismo pesan más las costumbres y la falsa moral que el amor que se puedan tener dos personas.

Meses después vuelven a pasear por Valencia, pero esta vez la ciudad se ha convertido en el hogar de acogida de Ketty. La razón de la mudanza se adivina tras el vaporoso vestido que se ha puesto esa tarde de agosto. El nacimiento de José María unas semanas después cambiará la vida de Ketty y José Luis para siempre.

Los primeros años del niño pasan volando. En Valencia se vive bien, José Luis les ha proporcionado una casa, y pasa los fines de semana con ellos. Debe excusarse ante a su esposa, “me ha surgido un congreso” le dice a menudo. En una de sus despedidas, la cara de Ketty sólo refleja preocupación. José Luis ha pasado todo el fin de semana con una tos terrible, apenas ha podido respirar durante la noche, y, aunque él trate de tranquilizarla con un “esto es sólo un resfriado mal curado”, no la engaña, algo pasa.

Ese algo es un enfisema pulmonar que terminará venciendo a José Luis un frío noviembre de finales de los 60. Ketty está sola, hundida, y con un niño a su cargo. Trabaja incansablemente, hasta la extenuación. Hace de todo, o al menos, todo lo que a una madre soltera en ese momento se le permite, secretaria, dependienta,

pero sale adelante, como siempre lo ha hecho.

Ketty vuelve a mudarse, pero esta vez acompañada y enamorada. Madrid es escenario de su nueva vida junto a su marido. Tras varios años trabajando incansablemente, había conocido a Aurelio en una entrevista de trabajo del cine Ideal. En Madrid todo es perfecto, Aurelio acoge a José María como su propio hijo, y la familia espera con ilusión la llegada de dos nuevos hermanos. “Mamá, menuda te ha caído con estos dos llorones”. José María tiene toda la razón. En casa, el ritmo es frenético, pero eso no diluye la complicidad familiar.

Días después del nacimiento de los gemelos es necesario volver al hospital. José María se ha quedado lívido, ha perdido muchísima sangre por la nariz, así, de repente. Y con el paso de los días no termina de mejorar. La voz del niño resuena sobre las paredes blancas de la habitación del hospital, y también dentro del pecho de Ketty: “Mamá, creo que no voy a salir de aquí, pero siempre te voy a cuidar”. El 2 de marzo de 1972, tres semanas después de que sus hermanos nacieran, José María se va tras una leucemia galopante.

Por primera vez en su relato asoman un par de lágrimas en los ojos de Ketty. Le digo que si no quiere que no siga, que me cuente sólo lo necesario. Pero me contesta que no es ésa la sensación que quiere que me lleve de la historia de su vida, ha aprendido que siempre hay algo por lo que merece la pena seguir adelante.

Ketty disfruta de su café helado. A la historia no le quedaba mucho más, niños convertidos ya en hombres y un marido al que acompañó hasta el final de sus días. Así que nos hemos sentado en una terraza de la Explanada. Ketty levanta la mirada. Me giro y veo a un señor mayor corriendo detrás de una niña que ríe, mientras la llama contagiado por la vitalidad de su nieta. Y a Ketty se le ilumina el rostro y sonríe.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

~ ¿Qué vale la pena de la vida? – le pregunto a Ketty al final de nuestro encuentro.

~ La amistad – me contesta con total convencimiento.

~ ¿Después de tanto amor pones la amistad por delante de todo?

~ Ten en cuenta que es lo único que me queda, lo que me mantiene viva: la amistad con mis hijos, con mi nuera, con mis amigos. Al final, lo que hay que aprender es a disfrutar de las pequeñas cosas: la lluvia que repica contra el cristal de la ventana, el beso de buenos días que te da un hijo, un paseo de otoño por la playa o la compañía de un amigo mientras nos contamos confidencias. Tenemos que dar las gracias todos los días por haber nacido en un lugar donde no necesitamos jugar la vida a bordo de una patera para conseguir un porvenir. A veces me levanto quejándome de lo que me duelen los riñones, pero tengo una casa, unos hijos sanos y los recuerdos de una vida de la que no me arrepiento de nada.